

Ortega, el escalador

Murallas y torres de viejas ciudades y medievales fortalezas yerguen ante la admirativa consideración del hombre de nuestros días sus enhiestas reciedumbres, unas veces airoas y desafiantes, otras más o menos derrotadas por el tiempo.

Levantadas para defender vidas y haciendas, justas causas u opresoras prepotencias, cuántas de ellas no resultaron a lo largo de los siglos sino inútiles fábricas

donde nada se hizo nunca
y nada al presente se hace,

que dijera del toledano castillo de San Servando de sus días don José Zorrilla. Aunque acaso haya sido ese, el disuasorio, el más perfecto logro de su erección.

El ataque y circunstancial sumisión de las que conocieron una historia más activa ofrece una triple posibilidad casuística de procedimientos de entrega, según sus respectivos lugar, ocasión y circunstancias materiales: el asedio, la brecha (o la mina) y el escalo. Cuán difícil y arriesgado habría de ser este último lo revela la simple contemplación de los recursos defensivos de tan monumentales construcciones: almenas, saeteras, buhardas, matacanes, aparte el espesor y altura de sus inhóspitas verticalidades, son elementos que a priori parecen proporcionar decisiva ventaja al defensor sobre el atacante, por aguerrido, hábil o numeroso que éste fuera.

Y, sin embargo, la historia bélica está llena de episodios en que los asaltos a recintos amurallados y fuertes torres se coronan con la total victoria de sus forzadores. Esa misma historia nos informa de la existencia —como no podía por menos de suceder— de una verdadera téc-

nica o especialidad militar aplicada a la neutralización de tales reducidos y que tenía en el escalamiento individual su más caracterizado y elemental rasgo. Junto a zapadores, artilleros, espingarderos, etc. (estos últimos ya en el siglo XV), los escaladores se perfilan como verdaderos soldados de élite: «Escalofriante especialización» la suya, en palabras de don Juan de Mata Carriazo. A uno de ellos, de cuyas hazañas se hacen repetido eco las crónicas cristianas que historian la Guerra de Granada —circunstancia ésta, la reiteración de sus empresas, que no sería susceptible de prodigarse demasiado entre los ejercitantes de tan arriesgada práctica— vamos a dedicar nuestra atención.

1

La primera ocasión en que vemos consignado el nombre de nuestro sujeto, Juan Ortega de Prado, es con motivo del asalto a la ciudad de Alhama, primer contragolpe cristiano tras la pérdida por sorpresa de Zahara en la noche del 27 de diciembre de 1481; acto éste que, como es bien sabido, iba a desencadenar el capítulo final de la empresa tradicional —y exactamente— denominada «Reconquista» en la Historia de España.

Durante algún tiempo, nobles, capitanes y aventureros al servicio de la Corona castellana buscaron en Andalucía el punto certero donde asestar la réplica tan ardientemente deseada por el Rey Católico a la audaz provocación granadina. Adalides conocedores de las peculiaridades defensivas de las ciudades nazaritas (Loja, Alhama, Illora, Málaga) propusieron finalmente como objetivo, al marqués de Cádiz —uno de los más caracterizados, si no el que más, de los colaboradores que el monarca habría de tener en Andalucía— la segunda de las localidades enumeradas. Y ello, no obstante, la dificultad que ofrecían sus condiciones naturales y lo adentrado de su emplazamiento en el seno del reino musulmán; o acaso, precisamente, en virtud de ambas circunstancias, que inducían a sus habitantes a descuidar la vigilancia de sus propios muros¹.

El magnate, don Rodrigo Ponce de León, convocó a cuantos con él compartían las responsabilidades sureñas (el Adelantado de Andalucía

¹ «Por estar tan metidos en el reyno (de Granada) e la çibdad ser tan fuerte, puesta en una muy alta peña, e çercada de toda parte de un río, sin tener más de una subida para la fortaleza por una cuesta muy alta e agria» (MOSÉN DIEGO DE VALERA: *Crónica de los Reyes Católicos*, ed. y est. por Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1927, p. 136). Por ello los habitantes «dedicábanse... a sus tráficos; las mujeres frecuentaban las saludables termas alimentadas por los manantiales que allí nacen; todos vivían entregados a sus vicios y placeres, descuidando toda precaución» (ALONSO DE PALENCIA: *Guerra de Granada*, t. III de la *Crónica de Enrique IV*, trad. cast. de A. Paz y Meliá, B. A. E., t. 267, Madrid, 1975, p. 89).

don Pedro Enríquez, el Asistente de Sevilla Diego de Merlo, el corregidor de Jerez, los alcaides de las fortalezas y villas de toda la tierra) y, sorteando milagrosamente la alerta del enemigo, condujo a través de montañas y apartados lugares una tropa de varios miles de jinetes y peones hasta las cercanías de la confiada ciudad. A media legua de ella, marqués y Asistente, que compartían el mando de la operación, dispusieron que se adelantasen doscientos hombres «e fuesen uno en pos de otro, aviendo apartamiento del uno al otro fasta dos lanças de armas; e estos seguían al escalador e a los adalides que yuan delante a llevauan los troços de las escalas»².

El escalador era Ortega de Prado, que se había ofrecido voluntario para iniciar personalmente la coronación de los muros por el lado del alcázar, que, por ser el más sólido y abrupto, estaba más desguarnecido: «con tal que antes de arrimar las escalas —había estipulado— no se apercibiesen los habitantes de la presencia de numerosas fuerzas nuestras de caballería e infantería»³.

«Los que llevauan el cargo de la escala —prosigue otra fuente— pusieronla discretamente y el primero que en ella subió fue el escalador Ortega de Prado; e nunca fueron sentidos, fasta que estauan dentro en la çibdad gran copia de cristianos»⁴.

Quince hombres, entre ellos el comendador santiaguista de Reina y alcaide de Marchena, Martín Galindo, que resultó herido de una cuchillada en la cabeza, siguieron los pasos del esforzado trepador⁵. Traspasadas por ellos la barbacana y cerca del castillo, donde quedaron

² FERNANDO DEL PULGAR: *Crónica de los Reyes Católicos*, vol. II, *Guerra de Granada*, ed. y est. por Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1943, p. 6. Según el primer repartimiento de Loja, hecho el mismo año de su reconquista (1486), el adalid que «dio el orden con que se tomó Alhama» fue Juan de Baena, quien moriría más tarde «en servicio de sus Alteças». En virtud de sus méritos y de los de su hijo Diego de Baena, se otorgaron a éste sesenta y cinco fanegadas en el mencionado repartimiento de Loja (Copia manuscrita de éste, del siglo XVI, en BN, Madrid, M. 18.866, cf. fol. 57 r).

³ PALENCIA: *loc. cit.*

⁴ VALERA, pág. 137.

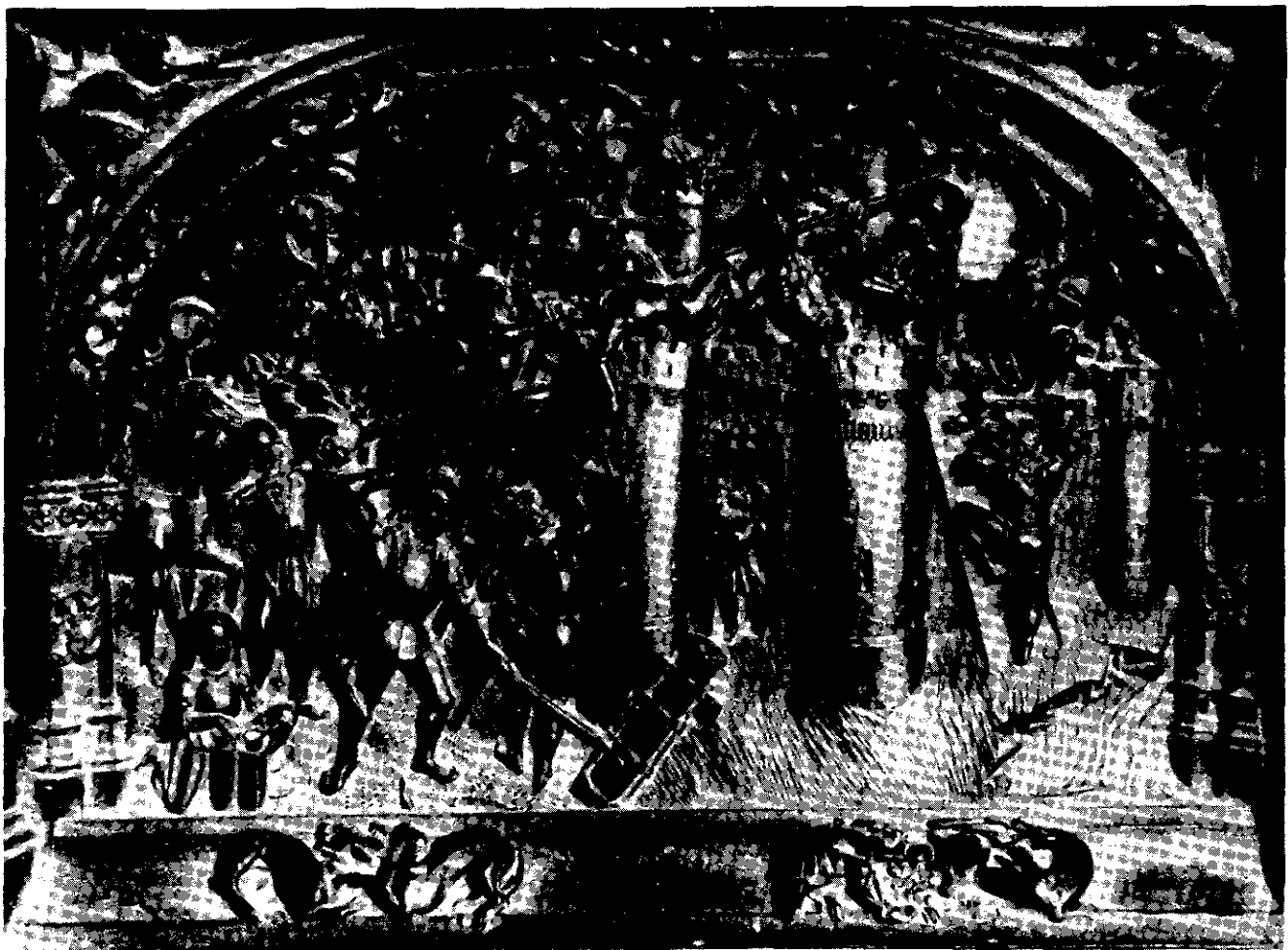
⁵ Andrés Bernaldez establece así el orden de prioridad en la escalada: 1.º, Ortega de Prado; 2.º, Martín Galindo; 3.º y 4.º, Juan de Toledo y un tal Estremera, criados del anterior; 5.º, el alcaide de Archidona (*Historia de los Reyes Católicos*, B. A. E., t. 70, p. 605). En relación con este último personaje, Lafuente Alcántara (*Historia de Granada*, t. III, Granada, 1845, págs. 363-364) dice en una nota: «El Dr. Gerónimo Gudiel (*Not. y comp. de los Girón*, cap. 30) habla con elogio de Pedro de Valdivia y añade: Dando crédito al letrado que este alcaide de Archidona tiene en su capilla de la villa de Porcuna, fue el primero que subió (a Alhama) por una escala.—Un elogio del mismo se hace en el ms. de 1548 del Ldº. Sancho de Aranda y titulado *Discurso genealógico del linaje de los Aranda*, que viven en Alcalá la Real, fol. 57».

muerdos los dos únicos centinelas que las malguardaban —el alcaide de la fortaleza se hallaba de boda en Vélez-Málaga y su esposa y otras mujeres fueron aprehendidas por los asaltantes—, el recinto fue abierto desde dentro y sus muros hechos accesibles «a escala franca» al grueso de la tropa atacante, que la ocupó seguidamente, en fecha no bien determinada de febrero o marzo de 1482.

No afecta a nuestro específico objeto el detalle de la subsiguiente y más costosa ocupación de la ciudad que siguió inmediatamente a aquella acción, su ulterior defensa por los cristianos frente al socorro enviado por el Rey de Granada y el generoso apoyo que a los conquistadores prestó el duque de Medina Sidonia. Este, olvidando pasadas rencillas y su vigente enemistad con el marqués conductor del asalto, acudió con refuerzos a Alhama y la liberó del reciente cerco granadino, consolidando así su definitiva recuperación por los castellanos. La caballeresca reconciliación de los dos más poderosos señores de Andalucía, tan elogiada en la historia, habría de producir importantes efectos positivos en el posterior desarrollo de las operaciones ⁶.

⁶ Algún residuo de la pasada rivalidad quedaba en la mente de ambos magnates cuando, en 4 de noviembre de 1483, todavía el de Cádiz, al comunicar personalmente a su sobrino Juan de Pineda su nuevo éxito en el ataque a Zahara, le escribía que, al conocerlo el duque de Medina Sidonia había estado «tres días en su casa encerrado llorando, teniendo mayor sentimiento de ello que los moros que la perdieron, e agora me ha escrito en remedio para su pena, salvo dezir que él tenía en voluntad de la tomar. Asy creo —añadía irónicamente D. Rodrigo— que terná de tomar Granada desde San Lúcar, pero ni Granada ni la menor torre del reyno ninguno la puede tomar estando en su casa folgando, e asy el duque, cuando nosotros estávamos combatyéndonos con los moros, él estaba bien descansado de aquello en su villa de San Lúcar, ni tal que trasnochadas avía pasado por llegar a tomar Zahara» (Carta publ. por M. A. LADERO QUESADA en su obra *Los mudéjares de Castilla en tiempos de Isabel I*, Valladolid, 1969, pág. 97).

«Asalto y conquista de Alhama: *El interés de la composición está en las tres escalas por las que los asaltantes suben a la muralla. Por la de la derecha, un escalador armado con el hacha de asalto se defiende de dos moros que le cierran el paso amenazándole con grandes piedras. Por la escala del centro subió ya un soldado con el que lucha un moro armado con lanza, mientras otro levanta su alfanje sobre un segundo cristiano que se cubre con una adarga. Al fondo izquierda, en acertada perspectiva, una tercera escala. Los cristianos son aquí ya dueños de la muralla, sobre la que uno levanta la cruz y otro una bandera... Sobre una torre la inscripción: Alhama» (Juan de Mata Carriazo: Los relieves de la Guerra de Granada en el coro de Toledo, «Arch. Esp. de Arte y Arqueol.», número VII, 1927. Recogido en el vol. I de «Homenaje al Profesor Carriazo» publ. por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, titulado En la Frontera de Granada, Sevilla, 1971, p. 330). El tablero (núm. 1 de la sillería baja del coro de la Catedral de Toledo por maestre Rodrigo Alemán) constituye una excepcional ilustración plástica de los relatos cronísticos sobre la conquista de Alhama. Cualquiera de los asaltantes encaramados ya en la muralla serviría para representar a Ortega del Prado, su primer escalador.*



2

La segunda acción en que tenemos constancia de la intervención decisiva de nuestro sujeto el escalador está fechada por Alonso de Palencia, en 27 de octubre del año siguiente, 1483. Integrado como estaba el de Prado en la selecta hueste del marqués de Cádiz, protagonista máximo de la campaña, encabezaría esta vez el asalto que condujo a la recuperación de Zahara. El cronista castellano consigna así los hechos:

«En altas horas de una noche oscura, Ortega de Prado, adalid valiente y muy ágil para echar las escalas, se ocultó con otros nueve soldados escogidos en las cavernas que formaban las rocas al pie de las murallas, con orden de aguardar en silencio a que al romper el alba otros diez de a caballo, acercándose rápidamente a los moros, los retasen a escaramuza. Mas mientras el resto de la guarnición atendía a la custodia de las puertas de la villa, los diez emboscados, a una señal dada por sus corredores, debían arrimar las escalas a la otra parte de la población por donde los moros no temían ser atacados, y subir inmediatamente al muro. El éxito coronó el plan del marqués, que sólo se equivocó en el cálculo de los guardas de la villa, y del alcázar, que supuso no pasarían de veinte, cuando en los momentos en que teniendo ya los nuestros con trabajo las escalas arrimadas a los muros, a las voces de un moro que desde una altura avisaba el ataque de la plaza, acudieron rápidamente cerca de cincuenta, y dejando cuatro en guarda de las puertas, acometieron a los pocos escaladores.

Estaban éstos armados a la ligera, para mayor facilidad en la escala, sólo protegidos por adargas y capacetes, y así se defendieron trabajosamente con sus espadas y puñales de los cincuenta enemigos armados de lanzas y revestidos de corazas. Pronto tendieron por tierra a los diez cristianos y se lanzaron contra los que combatían las puertas. Corrían mayor peligro aquellos pocos escaladores de los nuestros, porque como peleaban en la parte baja de la villa, eran blanco de la nube de piedras lanzadas por los moros desde las alturas. Pero el gran corazón de los nuestros no se amilanó en aquel aprieto, y con maravillosa fortaleza resistieron impertérritos con su valiente adalid Ortega hasta que el marqués, con un puñado de hombres, trepando por las escalas, vino en su auxilio y dio entrada a otros muchos que combatían las puertas de la villa»⁷.

Cuatro muertos y unos veinte heridos costó a los cristianos la recuperación de la que había sido prenda de la discordia y mecha que puso fuego a la guerra granadino-castellana.

3

A la experiencia y consejo de Ortega de Prado se debió el que el Rey Católico no arriesgase un segundo intento contra Loja (luego del

⁷ PALENCIA: *Ob. cit.*, pág. 114. BERNÁLDEZ (p. 616) data el hecho en 28 de octubre de 1483, día de San Simón y San Judas apóstoles, jueves.

arrojado aunque imprudente ataque que costaría la vida al joven maestre de Calatrava, don Rodrigo Téllez Girón), y que, frente a la opinión de algunos caballeros veteranos en las empresas del Sur, pero sin duda peor informados que nuestro adalid, hubiera conducido a las armas cristianas a un nuevo más que probable y serio descalabro.

Planeando dicha operación, y mientras en la frontera murciana se simulaba otra, el propio Rey partió de Sevilla con tropas de esta ciudad y de las de Jerez, Carmona y Ecija, el 20 de enero de 1485. Al día siguiente llegaba Juan de Ortega a la capital sevillana para visitar a su mujer y era enviado inmediatamente por Doña Isabel a incorporarse al ejército expedicionario. Don Fernando descubrió personalmente al experto soldado su verdadero propósito, pero éste «le hizo pronto ver lo vano de las esperanzas y la realidad del peligro»:

«Al punto se le encargó que, juntamente con los primeros inspiradores de la tentativa, fuese previniendo, durante la oscuridad de la noche, los sitios a propósito para la escalada, para que pudiese luego dar cuenta al rey del estado de los trabajos cuando llegase con las tropas. Esta prevención contribuyó no poco a evitar un desastre, porque se vio muy difícil el arrimar las escalas y evidente el destrozo de los que, aun sin dificultad, lograsen coronar las almenas, aunque trepasen mil soldados burlando a los centinelas, mucho más necesitándose largo rato para la subida de veinte escaladores. Cuando el rey, calado por la lluvia y yerto de frío, se aproximó a los muros, comprendió la dificultad, y viendo a su gente transida de frío y fatigada por el excesivo trabajo, prefirió mirar por su vida y por la de los suyos antes que sufrir un terrible desastre. Y le hubieran experimentado, sin duda alguna, de prevalecer las primeras resoluciones sobre las posteriores»⁸.

4

Aquel mismo año de 1485, Marbella se entregó sin lucha, por iniciativa de sus habitantes, al monarca Católico, quien convocó de nuevo al de Prado para que, con ayuda del conde de Ribadeo, don Pedro de Villandrando, fuese a estudiar el posible asalto de los castillos de Mijas y Oznar u Osunilla (no Osuna, como dice Valera), desde donde venían ocasionándose grandes daños a los cristianos⁹. El escalador exploró los alrededores de ambas fortalezas durante la segunda quincena del mes de septiembre, y sobre la información por él recogida se planificó el golpe contra el primero de los lugares citados.

⁸ PALENCIA, pp. 138-139.

⁹ Antes de esto «habíale enviado el rey... con el conde de Castro D. Alvaro de Mendoza, capitán mayor de la Armada, para que no le faltase hombre tan hábil si se ofrecía arrimar las escalas para combatir las fortalezas del litoral enemigo» (PALENCIA, p. 138).

Con el apoyo de unos quinientos hombres y dos navíos fondeados frente a Fuengirola, se dispusieron las estancias, y Ortega aprestó sus escalas. Trece tramos fueron adosados a la torre principal y por ellos comenzó nuestro hombre a subir, no obstante haber sido advertido el intento por los defensores apenas colocado el primero. Treinta hombres coronaron, sin embargo, la ascensión siguiéndole, y ocuparon prestamente las cuatro torres de la fortaleza, luego de dar buena cuenta de las velas. Pero una masa de moros penetró desde el interior de la ciudad en el alcázar y combatió duramente a aquellos asaltantes de vanguardia. Aunque Ortega volvió a las almenas a pedir refuerzos, nadie del exterior logró subir, salvo dos o tres criados suyos, sin duda más arriesgados: seis cristianos yacían al pie de las escalas y el resto se mantuvo alejado de ellas, pese a las imperativas órdenes de su jefe el conde de Ribadeo, que no consiguió hacerse obedecer ante el evidente peligro.

En vista de lo cual, cercados diez de los asaltantes en una de las torres a la que los defensores prendieron fuego, sólo la mitad de cuantos habían penetrado en la fortaleza consiguió salir de ella:

«Los siete tunbando por las escalas e los otros siete por el muro, donde algunos se quebraron las piernas e otros los braços. Y entre aquestos fue mucho ferido Ortega de Prado; e así él e los otros que escaparon llegaron donde la gente covarde estava, por la poquedad de los quales se perdieron allí hombres muy buenos y esforçados e quedaron los moros con su fortaleza»¹⁰.

5

Para su definitiva desgracia, no disminuyeron las heridas los arrestos del valeroso escalador, a quien por mayo de 1487¹¹ vemos de nuevo participar animoso, esta vez en las duras acciones del cerco de Málaga.

A una fuerte torre del arrabal, desde donde las «estancias» cristianas eran impunemente combatidas¹², volvió a trepar una noche el especialista, seguido de unos cuantos caballeros sevillanos de la hueste del conde de Cifuentes¹³. Y aunque la escalada fue fácil por no haber encontrado durante ella centinelas de guardia, la posterior defensa del

¹⁰ VALERA, pp. 197-198.

¹¹ El 7 de dicho mes según Palencia, el 27 según Garibay y Galíndez, quedó establecido formalmente el asedio de Málaga que, según Bernáldez, «era una gran ferrosura ver... por tierra y por mar» (p. 626).

¹² Seguramente una de las cinco cercanas a la puerta de Granada que consigna Valera (p. 262).

¹³ Sólo los nombres de Alonso de Medina, Pedro Fernández de Saavedra y Diego García de Henestrosa nos son conocidos de entre ellos (PALENCIA, p. 184).

baluarte frente a la reacción enfurecida de los moros exigió una vez más todo el esfuerzo y el valor de los conquistadores.

Enardecido por el combate y sin otorgarse reposo, apenas veinticuatro horas después de esta hazaña, el aguerrido campeón se aprestó a la que habría de ser la última de su vida. Conozcamos su descripción en palabras de Alonso de Palencia, el más explícito relator, como venimos viendo, de todas las suyas:

«Al día siguiente subió a la cumbre del cerro en que tenía su estancia el marqués de Cádiz un escuadrón de sevillanos, y con Ortega de Prado a la cabeza quiso escalar antes del alba el muro contiguo a Gibralfaro, por parecerle que aquella parte de las murallas estaba desmantelada a causa de que el batir de las bombardas iba diariamente destruyendo el estrecho sendero que corre desde la alcazaba baja hasta Gibralfaro y frontero a la estancia del marqués. Se adelantó Ortega de Prado para reconocer el punto más fácil para la escalada y pronto conoció que sería inútil el intento, por cuanto los enemigos vigilaban cuidadosamente; pero antes de que pudiera hacer la señal convenida a los compañeros, cayó mortalmente herido de un saetazo. Con gran trabajo pudo llevárselo ante cierto coronel, valiente soldado de la escuadra, porque en la confusión causada por la nube de flechazos disparados por los moros no pudieron darse cuenta sus compañeros de la desgracia del excelente adalid, ni replegarse con bastante prisa para evitar que muchos recibieran heridas.

Los reyes y todos los demás capitanes sintieron honda pena por la muerte de Ortega de Prado, y con razón, porque además de su valerosa actividad para todos los menesteres de la guerra, eran notorias sus relevantes prendas de carácter»¹⁴.

6

Este es el palmarés conocido, difícilmente igualable, del bravo combatiente de la Guerra de Granada. Pese a nuestros esfuerzos, por el contrario, no hemos conseguido exhumar el rastro de sus anteriores acciones, que sabemos existieron, al servicio de Juan II de Aragón y su hijo y heredero, don Fernando, durante las luchas de ambos contra el Rey de Francia. En el curso de ellas —pensamos— se iniciaría y adiestraría en la arriesgada modalidad militar que le llevó, sin duda todavía en temprana edad, a la muerte.

Como «un arrojado joven que en breve tiempo había realizado en Cataluña notables hazañas», nos lo presenta, en efecto, su fiel cronista Palencia; mientras que Zurita recoge también el testimonio (no sabemos de quién), de que «aúta señalado su persona en las guerras del Rosellón»¹⁵.

¹⁴ PALENCIA, p. 185.

¹⁵ PALENCIA, p. 88. «Por su relación entendió el rey estando en estos reynos [Fernandō II en los de Aragón] la viabilidad del golpe de mano contra Alha-

En cuanto a su personalidad, el primero de los autores citados le describe como «noble caballero leonés», servidor, insiste, «desde mancebo» del Rey aragonés. Mosén Diego de Valera dice, por su parte, que era «natural de la çibdad de Cuenca», mientras que es Hernando del Pulgar quien suministra el dato de su nombre de pila, Juan, afirmando además que era vecino de Carrión. Con todo lo cual el moderno historiador de la Guerra de Granada, don Juan de Mata Carriazo, puede componer la siguiente fórmula identificadora: «Juan Ortega de Prado, natural de Cuenca y vecino de Carrión»¹⁶.

Un intenso rastreo archivístico-bibliográfico en pos del individuo de tales señas personales nos ha suministrado, por desgracia, hasta ahora, tan sólo datos inseguros o seguramente negativos. Negativos de modo cierto, en cuanto a diferenciarle claramente de otros homónimos suyos (Juanes Ortega) más o menos coetáneos: así el provisor de Villafranca, sacristán del Rey y «gobernador» de las Hermandades, cuya intervención en la Guerra de Granada fue, por otros muchos aspectos, también notable; tal el general de los jerónimos que por sus años llegó a ser nombrado obispo de Coria; un vecino de Cuenca, «hijo del Doctor de Toledo», que en 1480 gestionaba su reintegro a los lares paternos, luego de haber seguido la causa del Rey de Portugal en la guerra de sucesión castellana¹⁷; o el sujeto «vasallo del rey, vecino de Carrión», hidalgo «mercadero» y regidor que fue de esta villa y que «había puesto su persona e fazienda a todo riesgo e peligro» en sostenimiento y guarda de ella, al servicio de su monarca, tanto en vida de Enrique IV como después, al de los Reyes Católicos (1468, 1470 y 1475)¹⁸. Menos aún el

ma», añade Zurita (*Anales*, t. IV, 1610, fol. 315 vt°). De estas palabras del cronista aragonés dedujo Víctor Balaguer (*Las guerras de Granada*, Madrid, 1898, pág. 49) que la iniciativa de Ortega habría sido presentada a D. Fernando en Calatayud, luego de la pérdida de Zahara: «Dato curioso —apunta el mencionado autor— aportado por Zurita, en el que nadie, que yo sepa, se fijó hasta ahora».

¹⁶ PALENCIA, p. 267; VALERA, p. 137; PULGAR, p. 7; JUAN DE MATA CARRIAZO: *Historia de la Guerra de Granada*, vol. XVII de la «Historia de España», dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid, 1969, p. 439.

¹⁷ ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS: *Registro General del Sello* (en adelante, A. G. S., R. G. S., fol. 25 (1480, enero, 30, Toledo).

¹⁸ De este personaje, casado con Violante de Castañeda y muerto entre 1480 y 1483, pueden seguirse varios pleitos sobre derechos jurisdiccionales en algunos lugares de Carrión (Gozón, Mañueco). Arrancando de su padre Hernán de Ortega, podemos reconstituir cuatro generaciones homónimas de Juanes Ortega, el último ya de 1545. Por 1489 los reyes suspendieron la ejecución de los bienes del segundo hasta que éste saliese de tierra de moros, donde les estaba sirviendo en el sitio de Baza.

Ofrecería cierto interés, al margen de nuestro presente tema, el hilo de los avatares de esta familia a través de documentación simanquina del *Registro General del Sello* (cf. índices de los volúmenes publicados, años 1480-1495) y de

«cauallero morisco», cuyo origen explicaría tan congruentemente el buen conocimiento por nuestro adalid de las condiciones geográficas y defensivas de tantas plazas andaluzas entre las que le hemos visto moverse con soltura; pero los años de datación de cuyas noticias (las del morisco, 1449-1455)¹⁹, no se compadecen con la condición, treinta más tarde, de «arrojado joven», que asigna Alonso de Palencia a nuestro hombre, ni con el ejercicio por éste, en la década de los ochenta, de su arriesgada profesión.

La *Enciclopedia Heráldica y Genealógica*, de Alberto y Arturo García Carraffa, suministra una línea del apellido Ortega, vinculada a la ciudad de Loja, de la que dice es cabeza el «famoso conquistador de Alhama»; desgraciadamente no consigna su ascendencia ni la fuente concreta de tal información. Por otra parte, un pequeño apunte manuscrito, conservado entre los papeles de don Luis de Salazar sobre varias generaciones de dicha casa, no incluye tampoco a ninguna de las personas citadas en el conocido Diccionario de Apellidos españoles²⁰. Respecto a esa posible radicación andaluza de nuestro personaje podemos aducir, por tanto, como indicio positivo, la presencia en Sevilla de su esposa (cuyo nombre no conocemos), a principios de 1485, fecha en la que sabemos él acudió a visitarla²¹; en relación con Loja, debemos consignar que esta población no cayó en manos cristianas sino al año siguiente, uno antes tan sólo de la trágica muerte del escalador, por lo que su enraizamiento en la ciudad sería absolutamente reciente. Su nombre no figura, sin embargo, entre los beneficiarios del primer repartimiento de esta ciudad (1486), ni aparece ningún Ortega entre los vecinos de su primer padrón, efectuado por orden de los Reyes en 20 de diciembre de 1492^{21 bis}.

Sobre la condición social de nuestro hombre hemos de invocar de nuevo el testimonio del cronista Palencia, que le califica de «noble caballero leonés»; condición con la que concuerda el hecho de que en la acción de Mijas le acompañaran criados propios (dos o tres por lo me-

la Sección de *Mercedes y Privilegios* (leg. 88, núm. 101), así como de la Real Chancillería de Valladolid, *Sala de Hijosdalgo*, leg. 10, núm. 131.

¹⁹ A. G. S., *Quitaciones de Corte*, leg. 1, fol. 69.

²⁰ BIBLIOTECA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA: *Colección Salazar*, D-33 (sign. actual 9/308), fol. 59 vt°. GARCÍA CARRAFFA: *Ob. cit.*, t. 63, Madrid, 1956, pp. 198-199.

²¹ PALENCIA, p. 138.

^{21 bis} «Aquel celebrado padrón de todos los dichos vecinos, que es el instrumento de más claridad i noticias, fe y crédito de quantos ai ni ubo en aquel tiempo...; i así siempre se a benerado como oráculo». En cuanto a los nuevos pobladores de la ciudad, el referido padrón actualizado en 1506 dice que «dende que sus Alteças la ganaron, e por la aduersidad de el tiempo de la pestilencia é por las guerras, se fueron muchos de los vecinos primeros e vinieron otros» (B. N., Madrid, Ms. 18.866, fols. 148 vt°. -149). Sobre estos padrones, véase A. MALPICA CUELLO: *El Concejo de Loja (1486-1508)*, Granada, 1981.

nos). Que su prosapia, con todo, no fuera en tal caso muy ilustre lo acredita, en primer lugar, la carencia de datos sobre ella que acabamos de constatar, así como otras alusiones a su persona por parte de historiadores que, aunque ponderativas y admirativas para el sujeto, no hacen mérito de esa «virtud», tan valorada en su tiempo, y que por ello no hubieran dejado de consignar, de haber existido: Valera, en efecto, le tiene sólo por «hombre muy esforçado e bueno»; Bernáldez, como «sagaz hombre escalador»; Pulgar parece apreciar la diferencia existente entre «el escalador» (Juan Ortega) que subió el primero los muros de Alhama y «un caballero» (Martín Galindo) que le siguió; Zurita, por último, aunque a estos efectos constituye una fuente mediata y tardía, le considera «muy esforçado e valiente capitán»²².

7

Es quizá por esta circunstancia, la evidente modestia de su linaje, por lo que el eco de su nombre y de sus hazañas no haya dejado sino un son apagado en la historia. Soldado o capitán de segunda fila (aunque no en cuanto a su puesto, siempre adelantado frente al peligro), su fama hubiera conocido otros esplendores de haber correspondido su mérito a alguno de los generales o magnates que comandaron las operaciones en que sus actos heroicos se inscriben.

En este sentido, y sin restar un ápice de su gloria al marqués de Cádiz, en cuya hueste hemos visto que militaba Ortega, los historiadores suelen exaltar —por otra parte, justamente— la trascendencia de sus campañas e incluso su valerosísimo comportamiento en no pocas ocasiones; pero dejan todo lo más en un plano anecdótico, circunstancial, la actuación en punta de lanza del más arriesgado ejecutor de los planes de aquél. Mosén Diego de Valera, a quien, sin embargo, no cuadra plenamente esta actitud, por cuanto hemos puesto de relieve su puntual narración de las bravas intervenciones del de Prado, loa con mucho muy por encima de los méritos personales de éste la figura de don Rodrigo Ponce de León, «nuevo Cid» en la ocasión de Alhama: «tan peligrosa y áspera empresa —dice en su epístola congratulatoria al marqués—..., cosa por cierto digna de eterna memoria e de grandísimo galardón, en que avés dado materia a los coronistas de escriuir, e a los caualleros enxemplo, e a todos deseos de fazer su deuer»²³.

²² VALERA, p. 137; BERNÁLDEZ, p. 605; PULGAR, p. 366; ZURITA, IV, fol. 315 v^o.

²³ *Epístolas de Mosén Diego de Valera*, «Sociedad de Bibliófilos Españoles», t. 16, Madrid, 1888, pp. 60-61 (carta fechada en el Puerto de Santa María a 10 de marzo de 1482). El mismo autor, en cuanto cronista, titula así el capítulo en que narra los hechos: «De cómo el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de León, tomó por escala la cibdad de Alhama» (ed. CAREIAZO, p. 136).

Otro conde Fernán González pareció D. Rodrigo a los ojos de los reyes tras la toma de Zahara (iniciada y hecha posible, como sabemos, con tanto arrojo por Ortega de Prado), según palabras del anónimo autor de la *Historia de los hechos* del marqués de Cádiz. Y no sólo ambas legendarias figuras —Ruy Díaz, Fernán González—, sino redivivo Plácido, «que fue capitán del Emperador Trajano», se representa su señor al mencionado cronista tras la toma de Setenil ²⁴.

Todo lo cual, repetimos, es justo, habida cuenta de la encomiable trayectoria militar del marqués a lo largo de toda la Guerra; pero lo hubiera sido mucho más, y más puntual la apreciación por el relator de sus hazañas, si, junto a las personalísimas del protagonista de su obra, hubiese especificado también los nombres de aquellos de sus hombres que ejecutaron individualizadamente las partes dificultosas de muchas de ellas. Por el contrario, el en otros aspectos minucioso biógrafo se limita a mencionar genéricamente a «los escaladores» en la empresa de Alhama y a «cuatro escuderos» como debeladores de las murallas de Zahara ²⁵.

La misma actitud adopta Hernando del Pulgar al atribuir el éxito de esta última acción al propio marqués y a don Luis Fernández Puertocarrero, mientras hace tan sólo alusión de pasada a «un escalador con diez escuderos», que iniciaran el ataque ²⁶. Por todo lo cual resulta enteramente explicable que doce o trece años más tarde (1494-1495) el alemán Jerónimo Münzer, en viaje por España, recogiera sólo del asalto de Alhama la memoria del valeroso marqués «subiendo durante la noche por unas escalas y matando a los centinelas» ²⁷.

Más cercanos a la realidad de los hechos y de las personas, ya vimos cómo los combatientes altos y bajos, presentes en el asedio a Málaga, incluidos los monarcas, sintieron hondamente la pérdida de su valeroso y fiel servidor. El Rey Católico llegó a «dar orden al arrojado conde de Cifuentes, caudillo de los sevillanos, de que en adelante se guardase bien de comprometer a los caballeros de más renombre en semejantes temerarias empresas» ²⁸.

Estas palabras del soberano expresan, en definitiva, el magno aprecio de que en sus días gozó de modo efectivo Juan Ortega de Prado, el escalador. El que su nombre no haya dejado en la historia ese otro profundo impacto como el que los nombres de tanto figurón suelen dejar, es un fenómeno, por lo demás, repetido, que se explica y se

²⁴ *Historia de los hechos de D. Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz* (1443-1488), «Codoin», t. 106, Madrid, 1893, p. 242.

²⁵ *Idem*, pp. 201 y 229.

²⁶ PULGAR, pp. 94-95.

²⁷ *Viaje por España y Portugal*. Trad. de J. López Toro, Madrid, 1951, p. 55.

²⁸ PALENCIA, p. 185.

neutraliza a nuestros ojos con la aplicación de dos aforismos de abo-
lengos tan prestigiosos como el calderoniano y el evangélico, respec-
tivamente, y que se adaptan como un guante a la figura y el ejemplo
de nuestro hombre: «Mi linaje empieza en mí» y «Por sus obras los
conoceréis».

Eloy BENITO RUANO
(Universidad Nacional de Educación a Distancia)